

RUEDO IBÉRICO



Ignacio Sánchez-Cuenca

# Democracia y cambio climático

Los ciudadanos de las sociedades más desarrolladas hemos consentido, de mejor o peor grado, que ciertas decisiones importantes relativas al crecimiento económico y al funcionamiento de los mercados se tomen al margen de los procedimientos democráticos propios del gobierno representativo.

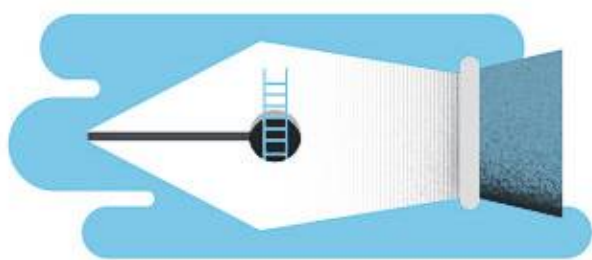
Hemos considerado que, para que la economía funcione adecuadamente, es preciso que los asuntos económicos no estén sometidos al juego electoral ni a los vaivenes del ciclo político. La Unión Europea y, especialmente, la unión económica y monetaria, son los ejemplos más acabados de cómo se ha sacrificado la democracia en beneficio de ideales económicos.

Los ciudadanos europeos hemos renunciado al control democrático de la política monetaria, la política comercial y la política de competencia de los mercados. Hemos aceptado, además, profundas restricciones en la política fiscal: ahí está el pacto fiscal europeo, firmado en el 2012, que consagra los principios del equilibrio presupuestario. La Comisión vigila estrechamente los presupuestos que aprueban los parlamentos (en teoría soberanos) de los estados miembros de la Unión Europea. A escala europea, hemos reproducido el sistema del patrón oro con la introducción del euro y el dominio del Banco Central Europeo, uno de los bancos centrales más poderosos del mundo. Por su parte, la propia Comisión y el Tribunal Europeo de Justicia se ocupan de hacer efectivos los principios *sagrados* de la competencia, el pilar más sólido de la integración europea.

Todo esto ha sido posible porque se ha supuesto que la dirección política de los asuntos económicos es contraproducente. Los argumentos son muy variados: los políticos son cortoplacistas, sólo piensan en ganar las próximas elecciones; los políticos son presa de los intereses económicos de las grandes empresas y los grupos financieros; la política monetaria no es adecuada para combatir el desempleo, así que mejor quitársela de las manos a los políticos, etcétera. La consecuencia de todo ello es que la tecnocracia ha avanzado formidablemente en las últimas décadas. Las democracias, de este modo, se han vuelto *impotentes* para resolver los problemas y atender las demandas ciudadanas. En buena medida, la oleada de los diversos movimientos *populistas*, con su reclamación de soberanía, no es sino una reacción ante el

avance de la tecnocracia en los países más desarrollados.

Más allá de los juicios y valoraciones que cada uno tenga sobre este orden de cosas, lo que me gustaría sugerir a continuación es que si hemos transigido con estas transformaciones institucionales que restringen el ámbito democrático por un *bien superior* como es tener un capitalismo eficiente que haga crecer la economía, con más razón deberíamos hacerlo ante un asunto mucho más urgente y grave como es la crisis medioambiental hacia la que nos estamos dirigiendo y que amenaza



Si hemos transigido con las restricciones en el ámbito democrático para tener un capitalismo eficiente, deberíamos hacer lo mismo ante la grave crisis medioambiental

No bastan acuerdos intergubernamentales como el de París, de los que los firmantes pueden descolgarse; necesitamos que los objetivos sean de obligado cumplimiento

nuestras condiciones de existencia.

Hemos llegado a un punto en el que no es disparatado suponer que los gobiernos no consigan aprobar a tiempo las políticas que permitan frenar, detener o revertir el cambio climático. Se trata de un problema global que genera dilemas muy difíciles de coordinación y cooperación entre estados. Habrá países que quieran que el problema lo resuelvan los demás; habrá países que sólo estén dispuestos a invertir seriamente en este asunto cuando comprueben que muchos otros también lo hacen; y habrá países que, simplemente, se desentiendan del asunto.

Pues bien, de la misma manera que hemos acordado que la política económica no dependa apenas del ciclo electoral, deberíamos acordar

que los objetivos medioambientales estén por encima de los conflictos partidistas y de las demandas de los diversos grupos sociales. Lo que está en juego es el futuro del planeta, el bienestar de las generaciones futuras y la seguridad mundial. Si hemos puesto más allá de la democracia el manejo de los asuntos monetarios, ¿por qué no hacer lo mismo, y aún con mayor determinación, con respecto al medioambiente?

Estoy hablando de que los gobiernos, del signo político que sean, tengan que someterse a unas reglas de obligado cumplimiento con respecto al uso de la energía, y que haya organismos independientes, formados por expertos en la cuestión, que vigilen que dichas reglas se hacen efectivas.

Los políticos tendrán la tarea de adaptar las políticas a los objetivos de la lucha contra el cambio climático, buscando formas de hacer socialmente sostenible los cambios económicos y en nuestros estilos de vida que inevitablemente habremos de realizar. La democracia tendrá un papel relevante a la hora de determinar cómo ajustar el sistema ante los imperativos medioambientales, pero dichos imperativos estarán por encima de los intereses partidistas.

No bastan acuerdos intergubernamentales. Los firmantes pueden descolgarse, como ha hecho Estados Unidos con el acuerdo de París del 2015. Necesitamos que los objetivos medioambientales sean de obligado cumplimiento.

Las instituciones que se encarguen de estas tareas deberán establecer plazos estrictos sobre la transición energética y el resto de decisiones políticas tendrá que contar con ello, de forma que los gobiernos orienten su actividad incorporando esa restricción inicial. Sólo así, situando los objetivos medioambientales por encima del juego electoral, podremos tener la seguridad de que las políticas lleguen a tiempo.

Dada la incertidumbre que reina sobre las consecuencias de seguir como hasta ahora, con medidas tibias y reversibles, nada mejor que evitar riesgos delegando la política medioambiental a organismos reguladores independientes formados por científicos y expertos en gestión pública.

Sería una curiosa paradoja que hayamos construido un orden institucional destinado a garantizar el funcionamiento libre de los mercados y no seamos capaces ahora de dotarnos de reglas e instituciones que eviten un desastre climático de consecuencias incalculables.

Sandra Bareda



## Educación 'flow'

En los años noventa, Daniel Goleman nos abrió a millones de personas el horizonte de la *desconocida* inteligencia emocional –“es la capacidad de reconocer sentimientos propios y la habilidad de manejarlos”–. Su libro best seller revolucionó el concepto de inteligencia y dio a las emociones el lugar destacado que merecen para alcanzar la plenitud y equilibrio deseados. Después de todos estos años, en España la asignatura educación emocional se imparte en Canarias como materia obligatoria desde hace cinco años, siguiendo los ejemplos del Reino Unido y Malta.

En la aprobación de la Lomce en el 2013, se permitió a las comunidades incluir en sus programas académicos asignaturas de libre configuración. En Catalunya suman decenas los centros que practican la conocida renovación pedagógica donde también se enseña a *vivir*. Todos ellos apuestan por el aprendizaje global, conscientes de que desde la infancia se gesta la base para saber gestionar las emociones. La OCDE ya trabaja en la inclusión de la educación emocional como asignatura evaluable, además de las matemáticas o la geografía. Dentro del proyecto conocido como Global Competence se ha

## La educación emocional ofrece las herramientas para gestionar conflictos, adversidades y situaciones inesperadas

estudiado con base científica cómo el estado emocional afecta al aprendizaje y se ha visto la necesidad de comenzar a ampliar el modo de enseñanza y no focalizarlo sólo en el contenido. Los impredecibles cambios tecnológicos y sociales sacuden a una velocidad vertiginosa la sociedad global y obligan a replantearse la educación como fuente de integración y asimilación de la transformación permanente: “Para saber navegar en esta incertidumbre permanente, los niños –dice el informe *The future and education on skills* de la OCDE– necesitan desarrollar curiosidad, imaginación, resiliencia y la autorregulación”. Desde este 2019 la OCDE ha marcado la hoja de ruta hacia otro tipo de educación más integradora de los cambios sociales, alejada de los modelos estáticos que imperan en nuestras escuelas. El Gobierno canario, que lleva un lustro impartiendo la educación inteligente con resultados óptimos para el aumento de la tolerancia y la comprensión hacia el otro de los niños, presiona al Gobierno central para que sea incluida en la modificación de la Lomce que el PSOE desarrolla.

Noventa minutos de clase de educación emocional a la semana para finalmente ofrecer las herramientas necesarias para gestionar conflictos, adversidades y situaciones inesperadas. Noventa minutos que pueden ayudar a mejorar los índices de fracaso escolar y la asimilación de conocimientos. Ya lo presupona Aristóteles en *Ética a Nicómaco*: “Cualquiera puede ponerse furioso... Eso es fácil. Pero estar furioso con la persona correcta, en la intensidad correcta, en el momento correcto, por el motivo correcto y de la forma correcta... Eso no es fácil”. Está demostrado que el coeficiente intelectual podría aportar tan sólo un veinte por ciento de los factores determinantes del éxito, es incuestionable que el aprendizaje en el resto de las inteligencias nos habilita para un futuro mucho más enriquecedor y estable.

La educación debe preparar para la vida y si no se aprenden a gestionar las propias emociones y a interpretar las ajenas no hay desarrollo humano. Lejos de las asignaturas estancas, la vida fluye, y el camino del bienestar no es otro que una educación *flow* (fluida).●

## Motivos para la esperanza

Hay síntomas de que la causa medioambiental empieza a movilizar a los ciudadanos. Los partidos verdes están ganando terreno en muchos países europeos. Las movilizaciones contra el cambio climático son cada vez más frecuentes. Las nuevas generaciones parecen especialmente sensibles, como muestra el movimiento de los estudiantes, con Greta Thunberg a la cabeza. Y el Green New Deal en Estados Unidos, defendido vigorosamente por Alexandria Ocasio-Cortez, tendrá pronto repercusiones en Europa. Todo ello va en la buena dirección: se necesita un consenso para situar los objetivos medioambientales como prioridad máxima.